



Carlos Díaz

"No somos, por herencia y recurrencia, una sociedad hecha para convivir con grandes vacíos y silencios urbanos", señala arquitecto Ludeña.

MISERIA DE LA ÉTICA Y ESTÉTICA EN TIEMPOS DE PROSPERIDAD

# Ornato público y corrupción estética

Wiley Ludeña Urquiza  
Doctor en Urbanismo, Director Revista Urb(les)

La ciudad en todas sus dimensiones de existencia no solo refleja a la sociedad que la produce, sino que también produce a esta sociedad. Es escenografía que representa, pero al mismo tiempo escenario y teatro que contiene lo representado. La cuestión alude al hecho de saber qué queremos que se represente y de qué manera.

En este caso, desafortunadamente, la ausencia de una cohesión estable entre los dominios de la sociedad y la ciudad, la preeminencia de los intereses individuales sobre los colectivos, así como la ausencia de prácticas democráticas en la toma de decisiones de orden proyectual, ha convertido a la ciudad y sus espacios en tierra de nadie, donde puede perpetrarse de todo sin consultar ni responder a nadie. En estas condiciones —y esta es la historia de la ciudad desde que a mediados del siglo pasado la ideología del “ornato público” de raíz haussmanniana dejara de imponerse como *cannon*— cada individuo o familia, partido político, alcalde o gobierno ha convertido a la ciudad en una extensión natural de sus intereses privados (culturales, estéticos y económicos) hasta transformarla en un espacio doméstico individualizado para honrar sus particulares fobias, filias, traumas o aspiraciones de autorepresentación, como si estas lo fueran del conjunto de la sociedad.

La ciudad del siglo XX, más que un escenario de referencias estables, se ha convertido en un auténtico campo de batalla para galvanizar las múltiples demandas de representación y simbolización provenientes de los diferentes grupos de presión social, económicos y políticos. Desde la década de los veinte del siglo pasado, si bien la vocación militarista no dejaría de estar vigente como motivo de representación pública, la Iglesia, los nuevos discursos políticos, como los del APRA y el PC, así como las demandas de identidad cultural étnica, entre otros nuevos actores, plantearon sus propias estrategias de representación y simbolización pública. Desde entonces, las necesidades de simbolización urbana se desprendieron de las oposiciones entre militarismo y civilidad, entre nacionalismo y universalidad, entre lo urbano y lo andino, entre lo religioso y lo laico, entre la civilidad conservadora y la civilidad popular y obrera. Cada cual con sus propios héroes y hechos que hacer memoria.

La ciudad peruana actual se ha hecho una realidad informe, desprovista de modelos coherentes a seguir, profundamente fragmentada y saturada de múltiples intenciones, cada una desconectada de la otra. Es una ciudad en ebullición, sin normas que respetar, sujeta a una dinámica de cambios inestables que se dirigen en diversas direcciones,

incapaz, además, de producir hitos unificadores de referencia colectiva. En lugar de constituirse en ciudad cohesionadora, registra los vicios de una incuestionable tribalización urbana con sus propios medios de autorepresentación.

### Chicha hoy

No somos, por herencia y recurrencia, una sociedad hecha para convivir con grandes vacíos y silencios urbanos. Pareciera que estuviéramos hechos solo para producir filigranas, pasecitos cortos, utilizar diminutivos y hacer jardines hipersaturados de desatendida vegetación. Este es el *horror vacui* barroco que encarna nuestra cultura. Y se expresa de manera elocuente en esa apuesta obsesiva por *arquitecturizar* toda plaza, parque o alguna forma de vacío urbano. Eludir grandes formatos hasta reducirlos a miniaturas manipulables: he ahí la historia y el imaginario estético del país y su gente. De ahí entre nosotros el reino del fulbito sobre el fútbol o la preeminencia del cuento sobre la novela, del cortometraje sobre el largometraje, así como el dominio de la casa sobre el bloque o de la jardinería sobre el parque.

Una de las principales manifestaciones que encarnan esta visión es aquella serie casi interminable de plazas, alamedas, malecones y otros espacios remodelados en cuanto ciudad grande o pequeña. Se trata de un conjunto de obras que intentan ser lo que no son y no pueden ser, con citas rimbombantes y pretenciosamente cultas a los hitos de la cultura occidental, regional o local. Son obras donde la imitación sin mediaciones, la mezcla ilimitada de objetos, materiales, colores y temas representan su propia esencialidad. Son espacios donde la impostación cultural, la fusión de componentes desproporcionados y sin escala, así como la mala factura constructiva y la falsa ostentación, son rasgos característicos.

Con todo, no existen dudas de que la estética y ética chicha en sus distintas versiones dominan el diseño y el nuevo lenguaje de los espacios y monumentos públicos. Y no solo eso: este lenguaje pareciera ya haberse transformado en una especie de imagen oficial del país, a juzgar por las imágenes-símbolo que del Perú se fabrica en la actualidad en el mundo del negocio turístico.

La ciudad surgida de la reestructuración neoliberal y neopopulista de Fujimori, al acentuar esta tendencia y estado de cosas, ha terminado por convertir la miseria ética en miseria estética. La desestructuración social ha terminado por avalar el imperio del más desembozado populismo urbanístico de referencias kitsch con citas a un vacío nacionalismo, cuando no adicta a las luces de esa estética de casino y Disneylandia de cartón. Esta es la ciudad del imperio del *laissez faire* y *laissez passe* neoliberal como parámetros del diseño del paisaje. El resultado: corrupción del paisaje y paisaje corrupto en gran escala.

En esta ciudad neoliberal la escultura de mármol se ha transformado en una escultura de cemento a la que se le caen los dedos o brazos cada cierto tiempo. La única ciudad modelo es la que la rodea en su más absoluta precariedad. ¿Qué se representa en esta ciudad que no sea la exaltación a los símbolos de una alienada cotidianeidad? Ahí están los parques dedicados a honrar, con monumentos al choclo,

a la papa, a las pelotas de fútbol y a los sombreros huancaínos, junto a los monumentos de escala cada vez más liputienses dedicados a héroes militares, religiosos y civiles.

### La ciudad no es la casa del alcalde

Lo que está claro es que solo las sociedades abrumadas por el peso de una historia no digerida adecuadamente son las que tienen más apremio no solo de "representar" algo con fines de compensar o sublimar carencias, sino también de hacerlo como producto de aquella omnipresente sensibilidad barroca tan ligada a las sociedades portadoras de miedos atávicos y traumas históricos. Aquí *horror vacue* y la profusa decoración religiosa constituyen los fundamentos éticos y estéticos del por qué buscamos siempre "representar" algo y "llenar" con todo lo que sea posible los espacios vacíos de la ciudad.

Desafortunadamente, los espacios públicos y la ciudad peruana en su conjunto no son aún espacios de construcción legitimada de la esfera de lo público como sinónimo de ciudadanía solidaria y segura de sí misma, sino espacios de fuga y de desfogue vía la mediación pública. La vida cotidiana privada se ha trasladado, casi sin mediación, a la vida cotidiana pública. Ahí están los espacios públicos en tanto realidades de estéticas irresueltas, precarias y estridentes en los que la sociedad peruana resuelve su propio desarrollo y conflictos. Cuando vicios privados no van de la mano de virtudes públicas, tenemos lo que tenemos en el Perú. Los espacios públicos pueden convertirse en una especie de glorificación de estos vicios. Y al revés.

La solución a este complejo problema de actitudes y valores defectivos no resulta tan sencilla, sobretodo cuando la responsabilidad recae en todos aquellos que directa e indirectamente nos encontramos comprometidos con la construcción cotidiana de nuestras ciudades y el paisaje peruano. Tal vez frente a esta situación convenga emprender, entre muchas otras medidas, una gran campaña nacional de alfabetización estética, junto a una necesaria democratización de las decisiones de orden proyectual en la ciudad. La ciudad no es la casa del alcalde.

En una ciudad donde cada quien hace de su fachada lo que le venga en gana, no debe olvidarse que las fachadas de una casa son las paredes internas de la ciudad. Del mismo modo: los parques y plazas no son la sala de la casa familiar del alcalde: estos espacios son la sala de una casa colectiva que es la ciudad o el barrio donde todos somos los propietarios, incluyendo a la visita ocasional. ▲

Hermosas plazuelas tradicionales han dado paso a espacios reñidos con el entorno. Plaza de Armas de Arancay, provincia de Huamallies, Huánuco.

